

Juan Cintas Cintas

ODISEA DE UNA VIDA

HECHOS REALES

CAPÍTULO I

Esta es mi historia: Nací en un pueblo de la provincia de Almería llamado Tíjola, que según la historia en la época de los fenicios se llamaba “Tíxola”; este pueblo está situado en el margen derecho del río Almanzora y tiene algo de romántico, musulmán y árabe.

Nací en el seno de una familia modesta de agricultores, el menor de cuatro hermanos, un 29 de Junio de 1925. Creo que fui el mimado de la casa, ya que mis hermanos me llevaban una diferencia notable de años (16, 12 y 9).

El pueblo se encuentra en las faldas de los montes los Filabres, los que empalman con sierra Nevada. Tengo muchos recuerdos de mi infancia. Cuando fui a la escuela por primera vez tendría entre 4 y 5 años, eso si, era muy travieso y juguetón. Un tío mío me llamaba “El Guisque”, que no sé lo que quiere decir.

Por aquellos entonces, mis padres estaban en una situación bastante buena, ya que las tierras que trabajaban eran de mi padrino, un señor muy rico con tienda en el pueblo que vivía solo con una señora, que sería la ama de llaves ya que no tenía descendencia. Según mis padres tendría que ser el único heredero de sus bienes pero pasó lo que pasó y murió de un ataque de corazón justamente en misa por la mañana temprano. Creo que era un hombre muy religioso, apenas tengo el recuerdo ya que entonces era muy pequeño. Todo se lo comió el demonio, como se suele decir; se adueñaron otras personas de las tierras y del cortijo que teníamos, ya que por aquel entonces había mucha ignorancia. Fue entonces cuando mis padres decidieron venir a Cataluña.

Tengo muchos recuerdos de mi infancia en Tijola, como cuando fui por primera vez a la escuela. Recuerdo cómo se llamaba el maestro: “Don Arturo”, un señor muy pequeñote, el cual como yo era bastante travieso. Una vez me tiró un cepillo, pero no me dio. Yo siempre estaba jugando con los compañeros y por aquel entonces tendría unos 5 años cuando se casó mi hermana, y por primera vez me fumé un cigarrillo, que me lió mi cuñado Juan junto con mi primo debajo de una mesa camilla para que no me vieran.

Pasó el tiempo y al año siguiente me hicieron tío, yo no había cumplido los 7 años; sería sobre 1932.

Nuestro destino fue Manresa...
así que soy un “Andaluz Catalán” o “Catalán Andaluz”.

Si la memoria no me falla por los años 30 se produjeron terremotos, uno fue a medianoche cuando estábamos durmiendo con mi madre y nos tiró de la cama. Sonaban las campanas de la iglesia y todo el mundo salió de sus casas a ver qué había pasado. Y creo que fue el mismo año que pasó lo mismo; este sucedió a mediodía. Recuerdo que mi madre estaba sentada y cayó de espaldas de la silla, todo se hizo añicos: platos, vasos, copas..., al igual que todo lo que había en los bazares.

Del mismo modo recuerdo cuando se proclamó la República en Abril de 1931; yo no tenía aún 6 años.

Entonces mi familia decidió junto con mis primos y tíos emigrar a Cataluña, donde mi padre estuvo trabajando los años 1928 y 1929, que fue cuando se hicieron los “Ferrocarriles Catalanes”. Nuestro destino fue Manresa, provincia de Barcelona, donde todavía estamos viviendo, así que soy un “Andaluz Catalán” o “Catalán Andaluz”.

CAPÍTULO II

Verano de 1932, yo tenía 7 años recién cumplidos cuando por fin mis padres, hermanos, unos tíos con su familia y mi abuela materna salimos del pueblo hacía Águilas (Murcia) donde embarcamos en un barco llamado

“Roberto” con destino hacía Cataluña, concretamente hacía Barcelona. La travesía duró tres días y tres noches. Recorrimos dicho barco de arriba abajo. En uno de los extremos iban las jaulas de las gallinas y, como niños que éramos, metíamos las manos entre las rejas y sacábamos los huevos que ponían y no nos decían nada.

Finalmente llegamos al puerto de Barcelona, desembarcamos y fuimos hasta la “Estación del Norte” para coger el tren con destino a Manresa. Nos acogió una familia cercana a nosotros la cual hacía unos años que ya estaban aquí. No tardamos en encontrar un piso de alquiler. Había carteles en balcones, puertas y ventanas. Nos fuimos a vivir las dos familias al barrio de “Les Escodines”.

Mi madre y mi tía al igual que mis hermanos encontraron trabajo pronto. Mi padre y mi tío se quedaron en el pueblo para solucionar todos los temas pendientes como vender los animales; de todas formas no tardaron mucho en venir.

Como vivíamos en el barrio “Les Escodines”, concretamente en la calle San Bartolomé, el colegio más cercano era “San Ignacio”, así que un día mi abuela nos inscribió a mis primos y a mí. No estuvimos mucho tiempo y nos trasladaron a las “Escuelas Bonavista” recién inauguradas; luego pasaron a llamarse “Pare Algué”, situado al principio de la carretera del Pont de Vilomara. Nuestro maestro era “Don Ramón”.

Mi padre y mi tío, una vez situados, arrendaron tierras para trabajarlas, que era lo suyo, trabajar de campesino o como dicen aquí de “pagés”. De esta forma fuimos levantando cabeza. Un año más tarde mi madre vendía en la plaza del Ayuntamiento parte de lo que se producía en el campo; en unos bancos que ponían vendía de todo: tomates, pimientos, toda clase de verduras y pepinos que tanto se venden ahora aquí, pero entonces la gente no sabía qué eran y los confundían con los calabacines (carbassons).

CAPÍTULO III

Un año después en 1933, yo tenía 8 años, nos hicieron un reconocimiento médico en el ayuntamiento con el fin de llevarnos de colonias, unos al mar y otros a la montaña. Me tocó montaña y estuve un mes en Berga. A mi madre le pareció que me iba al otro mundo. Éramos 30 niños y 20 niñas

con nuestros respectivos educadores, los cuales nos llevaban de excursión y a misa los domingos. Así fue pasando el tiempo, a veces me quedo mirando la fotografía con todo el grupo de niños y niñas en los arcos del ayuntamiento de fondo.

Pasaron los años y cuando yo contaba con 11 años, en 1936 estalló la “Guerra Civil”. Las guerras son crueles, empieza el racionamiento, las largas colas para el pan y todo lo que era comestible. Desde Manresa veíamos cuando bombardeaban Barcelona. Por la noche estallaban en el cielo los obuses antiaéreos que parecían estrellas. Barcelona fue muy castigada.

En Manresa hubo dos bombardeos y un ametrallamiento, este último fue en enero de 1939 y lo presencié en vivo, escondido en un canal del barrio “El Guix”, junto con mi sobrino Enrique. Ese día mi madre nos mandó al campo de unos parientes; ellos pensaban venir más tarde.

Escondido en un canal veía como los aviones
bajaban en picado
ametrallando toda la carretera de Vic

Escondido en un canal veía como los aviones bajaban en picado ametrallando toda la carretera de Vic, veía como se levantaba el polvo de las balas cuando se estrellaban en el suelo; los aviones daban la vuelta en San Fructuoso para seguir ametrallando. Recuerdo que uno de los pilotos está fotografiado en un libro de historia de Manresa; era un piloto español. De los dos bombardeos, en el primero creo que cayeron unas 200 bombas más o menos.

En aquellos tiempos, mi madre me mandaba a jugar a la plaza de “Los Infantes” ya que vivíamos cerca; allí hicieron un refugio que aún existe y que se llama “Plaza Europa”. Antes había “L’Escorxador” y los “Bomberos” Cuando tocaban las sirenas nos hacían ir al refugio. Estaba dentro cuando el primer bombardeo cayó en el colegio que había sido de monjas (“Los Infantes”) y se estremeció todo el refugio, situado en “La muralla del Carmen”, que tenía encima el cuartel militar, lo que actualmente es “El albergue de juventud”. El segundo bombardeo nos pilló en el campo.

Durante la guerra, en casa no se pasó hambre, ya que mi padre trabajaba el campo y teníamos todo lo esencial como patatas y harina, que la cambiábamos por pan.

Mi hermano mayor se fue a la guerra. Vino una vez con permiso con la finalidad de comprar los muebles para casarse durante el siguiente permiso, pero no pudo ser, se cortaron las comunicaciones y quedó al otro lado aunque en las fuerzas republicanas. Nos remitían las cartas, pues lo daban por desaparecido. Una vez acabada la guerra volvió a casa donde solo encontró a mi padre.

A mí me llamaron a filas, recibí una carta señalando que si no me presentaba me considerarían prófugo. Je, je... una equivocación del ayuntamiento pues cuando hicieron el padrón cambiaron la edad de mi hermana por la mía: yo tenía 11 años y mi hermana 20, era la época de la "Quinta del biberón". Mi padre se personó conmigo en el ayuntamiento e irónicamente pronunció estas palabras que aún recuerdo: "Aquí os presento al quinto". Lógicamente buscaron la documentación y todo se arregló.

CAPÍTULO IV

Era la madrugada del 24 de Enero. La noche anterior nadie durmió. Salíamos de casa de mis tíos que llamábamos "El cortijo", situado en "La subida roja", a las afueras de Manresa. Estábamos allí por miedo a los bombardeos. Mi tío, mi padre, mi madre, mi hermana y yo salimos andando dirección a la frontera, pero cuando llegábamos a San Fructuoso mi padre dijo que se volvía para poder salvar la casa, y así lo hizo. Nosotros seguimos y al mediodía llegamos a Moià donde se comentaba que habían entrado "Los Nacionales" en Manresa.

Se decía que habían volado los puentes
y que en el de San Francisco falló la dinamita
en uno de sus costados

Dormimos en unos pajares que había situados en una era. Se decía que habían volado los puentes y que en el de San Francisco falló la dinamita en uno de sus costados. Por la mañana temprano salimos de Moià dirección

Vic, siempre a pie, y en las curvas de Colluspina nos paró un camión que nos llevó a Vic.

Al poco rato de estar allí cayó un bombardeo, nos metimos en unos portales de una plaza hasta que pasó el peligro. Salimos a comprar algo de comida pero todo estaba cerrado y nos dirigimos hacia las afueras donde están los caminos de las fronteras dirección Puigcerdà y en un cuartel militar que había cerca nos dieron algo de comida, del rancho que ellos tenían.

Seguimos andando por la plana de Vic hasta que se nos hizo de noche. Fuimos a parar a unos pajares de una masía muy grande cerca de la carretera. Nunca estábamos solos, siempre encontrábamos gente por todas partes, familias enteras que llevaban el mismo camino que nosotros.

Al día siguiente seguimos dirección Ripoll, allí no pasó nada aunque sonaron las sirenas. Nos refugiamos en un portal pero los aviones pasaron de largo seguramente hacia otro destino. Seguimos andando hasta llegar a Campdevàrol donde había un control entre la entrada del pueblo y la carretera de Puigcerdà. Junto a dicho control había un puente que daba entrada al pueblo una vez cruzado el río. Allí había miles de personas que subían en todos los camiones que pasaban dirección a la frontera. Al mediodía bajo un sol radiante se oía a lo lejos el ruido de los aviones. Eran cinco puntos pequeños en el cielo. La guardia de Asalto, los carabineros y la policía nos decían que no debíamos tener miedo, que eran de los nuestros... Aquello fue terrible; cuando los tuvimos encima empezaron a descargar. Como pudimos nos metimos en un alcantarillado que había junto al puente y que en pocos momentos se llenó totalmente. Aquello era lo nunca visto; cayeron una barbaridad de bombas, fue un caos enorme. Nunca había visto tanta gente herida y algunos muertos.

vi lo que nunca imaginé que llegaría a ver:
sangre, ríos de sangre y gente corriendo herida
en busca de un lugar donde esconderse;
era la desesperación...

En el refugio que estaba al lado de la carretera, cayeron al menos cinco bombas que hicieron caer cascotes sobre nuestras cabezas; parecía que nunca iba a acabar. Cuando salí de aquella cloaca vi lo que nunca imaginé

que llegaría a ver: sangre, ríos de sangre y gente corriendo herida en busca de un lugar donde esconderse; era la desesperación...

Nosotros salimos dirección a Ribes de Freser; aquella noche la pasamos en un molino junto a otras personas. Al día siguiente salimos temprano para coger el Puerto de Toses, siempre andando.

A mitad del puerto encontramos unos carabineros que nos preguntaron si habíamos comido, que había una casa de campo a unos 3 ó 4 km. a los que teníamos que decir que de su parte nos hicieran comida.

Se portaron muy bien, mataron un conejo, que junto con unas patatas fritas nos pareció el mejor de los manjares. Pagamos la comida y seguimos nuestra ruta hasta caer la noche. Llegamos a una casa de los peones camineros que actualmente ya no existe; en su lugar hay gasolineras y restaurantes que vi cuando volví a hacer la misma ruta unos años después para recordar mi propia historia (en coche por supuesto). En aquel albergue de la casilla de los peones camineros había mucha gente, carros de caballos de gente refugiada que se llevaban media casa. Había fuegos por todas partes, hacía mucho frío pues estaba todo nevado y seguía nevando.

A medianoche pasó la vigilancia de los guardias de asalto, eran cuatro; se calentaron y siguieron hacía la parte baja del puerto. No pasó una hora que volvieron los mismos guardias diciéndonos que nos fuéramos de allí puesto que teníamos "Los Fascistas" a solo 4 km. Todo el mundo salió despavorido hacía la carretera, empezaron a pasar camiones, coches con oficiales y sus familias.

Nosotros fuimos andando hasta que mi hermana se puso en medio de la carretera e hizo que parara un camión que era del parque de artillería de Ripoll, al cual pudimos subir junto a la familia que iba en él y pudimos llegar a Puigcerdà.

Pasamos un control y nos dejaron dentro de la ciudad. Había militares por todas partes, preguntamos por algún sitio donde poder descansar y dormir, nos indicaron un cine donde pasamos la noche.

Tuvimos que hacer cola en la Jefatura de policía
acompañados de un intenso frío
que calaba los huesos

Al día siguiente nos enteramos de donde nos podían hacer el pase para cruzar la frontera. Tuvimos que hacer cola en la Jefatura de policía acompañados de un intenso frío que calaba los huesos. Yo con alpargatas de suela de goma ya que no entraban los zapatos que tenía y que mi madre dio a otro niño.

La noche siguiente la pasamos en la estación, en la sala de espera. Todo el mundo se apoyaba en las paredes ya que no podían tumbarse. La tercera noche la pasamos en un andén bajo las vías del tren, por miedo a los bombardeos. Cada día tocaban las sirenas al menos diez veces aunque nunca llegaron a bombardear pues había una frontera que tenían que respetar.

Mi tío fue detenido por la policía y ya no supimos más de él. Creo que estuvo en un campo de concentración en Francia. Por fin nos tocó a nosotros; cada día salían trenes y pudimos subir en uno de carga hasta llegar a Latour-de-Carol, primera estación de Francia, donde pasamos una inspección médica y posteriormente nos colocaron en otro tren, el cual parecía de primera categoría. Una vez tuvieron toda la gente colocada, pasaron unas señoritas repartiendo comida: bocadillos, queso, pan y todo lo que queríamos, como tazones de leche caliente.

Los franceses se portaron estupendamente con nosotros, los refugiados. Calculo que a la madrugada salió el tren, era a principios de febrero. Se hizo de día, el tren paraba en muchas estaciones y la gente venía a ver las caras melancólicas, nos daban botellas de leche, pan, queso... todo eso sin bajar del tren, por las ventanillas desde los andenes.

No sabíamos dónde nos llevaban, llegó la noche y el tren paró en una estación muy grande; hicieron que una parte de nosotros bajáramos del tren mientras el resto siguió en el mismo hacía otro destino. Entramos en una sala muy grande, supongo que era la sala de espera, con unos mostradores llenos de comida de toda clase. Como yo iba con unas alpargatas muy viejas de tanto andar, un señor, que se percató de ello, me hizo entrar en un cuarto ropero y me dio unos zapatos.

Éramos en toda la colonia unos 80 ó 90 niños y niñas
que llegamos a medianoche
y fuimos repartidos en varias salas.

Más tarde, las autoridades nos repartieron en grupos y, sin darnos cuenta, nos montaron en autocares, que estaban situados en la parte trasera de la estación. Luego supimos que era la ciudad de Blois, departamento Loir-et-Cher, casi en el centro de Francia. Dos autocares salieron hacia unas colonias junto al río Cher, a las afueras de la ciudad de Montrichard. Nos enteramos que a mi primo y a mí nos agregarían a una expedición de niños y niñas refugiados que estaban estacionados en Olot (Girona) y otros de otras partes de España que iban a ser dirigidos por unos profesores de Madrid y el director de un colegio de la capital. Éramos en toda la colonia unos 80 ó 90 niños y niñas que llegamos a medianoche y fuimos repartidos en varias salas. La nuestra era la más pequeña, unas quince camas y un armario para cada dos, pero así pudimos estar juntos mi primo y yo. Mi madre y mi hermana llegaron al día siguiente y por fin estábamos todos juntos!

CAPÍTULO V

A mí me llamaban “El Manresà”.

A mi madre la colocaron en la cocina y a mi hermana como encargada del ropero. La colonia estaba situada en un edificio llamado “L’Audronnière”. En él teníamos un campo de fútbol, un local que se utilizaba como cine y que también tenía escenario. Recuerdo que los directivos formaron un equipo de fútbol.

El profesor y su esposa (que también era maestra) nos daban clases todos los días por la mañana; cuando ya nos conocimos todos hicimos nuestros grupos. A mí me llamaban “El Manresà”.

A veces íbamos a bañarnos al río Cher que pasaba por aquellos terrenos y que también nos permitía pasear en una barca propiedad de la casa. Este río tenía una pequeña playa con unas aguas muy mansas, ya que era un sitio muy llano. Con la barca los que éramos más atrevidos íbamos hasta la otra orilla hasta que un día nos la quitaron por miedo que pasara algún percance.

por ir a reclamar lo que era suyo
lo fueron a buscar de madrugada
y lo llevaron a la cárcel

Así pasaron los meses y un día llegó una carta que era de mi padre y nos decía que mi hermano ya estaba en casa y que por ir a reclamar lo que era suyo (muebles, ropa, el ajuar de su novia... con la que se iba a casar) lo fueron a buscar de madrugada y lo llevaron a la cárcel.

Todo lo que reclamó estaba en casa de mi hermana mayor y nunca supimos quién se lucró de todo aquello pues desapareció como todo lo que había en casa de mi hermana; como se puede ver las reclamaciones costaban muy caras.

El tiempo seguía pasando, unos seis meses después vinieron las autoridades de Montrichar para revisar nuestra colonia que, como he citado, estaba en un edificio muy grande que se podía convertir en hospital militar en caso de guerra, como así fue.

Nos llevaron a otro departamento, a un antiguo sanatorio de la primera guerra mundial. Aquello era muy diferente, éramos unas 600 ó 700 personas, las habitaciones eran para varias personas a la vez. En aquel lugar cumplí los 14 años.

Queríamos apuntarnos para ir a Rusia o Méjico como hacía mucha gente, pero al saber por una carta de mi padre que mi hermano estaba en la cárcel le comunicamos a mi padre que mandara una carta de reclamación a las autoridades competentes para poder volver a casa. Así lo hizo y, cuando nos tocó, salimos en una expedición hacía España, siempre vigilados por los gendarmes. Subimos en un tren hacía la frontera; cada día salían expediciones de este centro, unos para Rusia, otros para Méjico

y otros, lógicamente, para nuestra tierra, España. Había mucho movimiento de tropas: camiones, cañones, tanques y trenes; tanto movimiento militar indicaba que estaba a punto de estallar la segunda guerra mundial.

los guardias civiles, con sus tricornios encasquetados,
sus barbas y bigotes retorcidos
decían riéndose:
“aquí tenemos a los rojillos”

Con nuestra expedición llenaron un tren; no nos faltó de nada, los franceses se portaron muy bien con nosotros y así por fin llegamos a la frontera de Irún. Pasamos las barreras y el puente a pie cargados con bultos y maletas. Los gendarmes nos entregaron a las autoridades españolas. Nosotros teníamos miedo, recibíamos malas miradas y los guardias civiles, con sus tricornios encasquetados, sus barbas y bigotes retorcidos decían riéndose: “aquí tenemos a los rojillos”. No sabíamos nuestro destino, nos subieron a un camión y nos llevaron a las afueras de la ciudad. No nos daban ninguna explicación; siempre vigilados por “los del tricornio”, llegamos a una vieja y desvalijada fábrica que parecía un campo de concentración.

los hombres los separaron de sus familias en la frontera,
no sabíamos dónde habían ido a parar.

Una vez allí nos hicieron poner en una fila para pasar la inspección médica. Recuerdo a unas enfermeras gigantonas con bata blanca y sus flechas de falange en el pecho, nos registraron de arriba abajo y nos dejaron en una nave donde no había ni colchonetas para dormir, de forma que teníamos que apoyarnos los unos con los otros por los rincones. Sólo había mujeres y niños, ya que los hombres los separaron de sus familias en la frontera, no sabíamos dónde habían ido a parar.

Para comer nos daban lentejas que según ellos había dejado Negrín y que nos repetían continuamente.

nos cargaron en un tren en los vagones de ovejas

Estuvimos allí tres días hasta que por fin nos llevaron a la estación y nos cargaron en un tren en los vagones de ovejas (tal y como hemos visto en reportajes y películas de la Segunda Guerra Mundial). Los vagones iban repletos y la gente sentada sin poder hacer sus mínimas necesidades. No nos dieron ni agua hasta llegar a Pamplona. Una vez allí nos dieron bocadillos a pequeños y mayores. Aún me parece ver a unas señoritas con unas grandes cestas llenas de bocadillos que nos iban repartiendo. Según decían, pertenecían a los requetés, es decir a los monárquicos que nada tenían que ver con los falangistas. Seguidamente el tren siguió su recorrido sin parar hasta llegar a Zaragoza.

Se acabó el calvario del tren borreguero, pasamos a diversos trenes correo como los de antes y nos fueron separando por distintos grupos según nuestro lugar de destino. De este modo fuimos separados de amigos a los que no hemos visto más, esto es lo que nos da una guerra.

Los que tomamos el tren hasta Cataluña nos enviaron hacia Lérida, dónde bajaron varias personas. En las estaciones pequeñas no paraba el tren y seguimos hasta Manresa. Una vez allí fue enorme nuestra desilusión ya que no nos dejaban bajar del tren, pero vimos por la ventanilla a mi padre que bajaba de la estación cada día cuando se enteraba que llegaba un tren de refugiados.

Continuamos hasta llegar a Barcelona. En la estación del norte nos hicieron bajar y pasamos a un camión que nos llevó a unos edificios muy grandes que hay en Montjuïc. Nos metieron en uno de ellos que parecía un palacete de los que hay por allí; cogimos nuestros bultos y, con una guarnición militar, pasamos otra revisión médica en las que nos ponían unas “banderillas” que incluso nos provocaba fiebre. Allí pasamos dos días, luego nos cargaron en camiones militares que nos volvieron a llevar a la estación del norte, nos subimos en un tren y allí acabo la vigilancia.

Volvíamos a Manresa, volvíamos a casa

Volvíamos a Manresa, volvíamos a casa. En la estación encontramos a mi padre que, como siempre, estaba a la espera de que llegara un tren de refugiados. Era el mes de septiembre de 1939.

Ya establecidos en casa fuimos a ver a mi hermano que estaba en la cárcel, a nuestro alrededor no encontramos más que miseria. Nos entregaron un cartilla de racionamiento con la que de vez en cuando podíamos conseguir algo de pan, era de panizo (maíz), más duro que las piedras (a cuánta gente le estropeó el estómago). El racionamiento era tan escaso que el pan blanco sólo lo comía la gente de dinero y los del régimen pues era de “estraperlo” y sólo lo podían pagar ellos. El resto de la gente, la gran mayoría tenía que pasar con lo que había.

CAPÍTULO VI

Entramos en el año 1940. El día 2 de enero empecé a trabajar en una fábrica en la que cobraba 10 pesetas la hora (1 kilo de pan de estraperlo valía 18 pesetas). Por eso he dicho que solo lo podían pagar los pudientes. La semana siguiente cobré lo mismo, 10 miserables pesetas, por lo que varios chicos nos fuimos a otra fábrica del mismo ramo donde cobramos mucho más. Llegamos a cobrar 21 pesetas a la semana, eso era otra cosa.

Fue pasando el tiempo y me fui haciendo amigo de los compañeros de trabajo. Como teníamos fiesta los domingos, en invierno íbamos al cine mirando de colarnos con alguna pareja; en verano íbamos al campo o alguna riera o río a bañarnos. De vez en cuando nos juntábamos para hacer alguna comilona en la que cada uno llevaba lo que podía -cosas de su casa o del campo como patatas- y con una olla grande íbamos haciendo nuestros guisos; teníamos entre 15 y 17 años.

Todo eso lo hacíamos cuando salíamos de los festivales que se hacían en las piscinas y, como no teníamos dinero, saltábamos la tapia trasera y nos colábamos en el recinto y no nos íbamos hasta las cuatro o las cinco de la madrugada; entonces nos dirigíamos al río Llobregat o a la riera de San Esteban. Lo pasábamos muy bien sin hacer daño a nadie.

Como era muy apreciado en el trabajo, pronto aprendí el oficio de tintorero (3 ó 4 años de aprendizaje), llegando a los 18 años. Entonces me

ofrecieron trabajo en la primera empresa donde empecé y me fui con ellos cobrando más y con la categoría de oficial; corría el mes de junio de 1943. [...]

CAPÍTULO VII

Por aquel entonces un sueldo normal era de 81 pesetas;
era tiempo de posguerra y miseria.

[...] Por aquel entonces un sueldo normal era de 81 pesetas y las horas extras a 75 cts; era tiempo de posguerra y miseria.

[...] Como era tiempo de dictadura, las mujeres que trabajaban en la empresa y que reclamaban 50 pts mensuales no fueron apoyadas por el Sindicato Vertical, que era tan dictador como el propio régimen, y entonces se declararon en huelga marchándose a casa; así lo hicieron también mi mujer y mi cuñada, las dos embarazadas y bastante adelantadas. El dueño denunció a todas las mujeres excepto a mi cuñada, ya que su suegro era el encargado del taller mecánico.

Al día siguiente, por la mañana, la Guardia Civil vino a mi casa en busca de mi mujer. Vino de paisano ya que sabían que estaba embarazada y no querían asustarla, pero ella se espantó igualmente porque la noche anterior íbamos por el paseo mi suegro y yo y nos cruzamos con el dueño, que me llamó y me hizo saber que había denunciado a las mujeres pero que mi mujer no se asustara ya que sabía que estaba embarazada. A causa de esto tuvimos algunas palabras fuertes y mi suegro le dijo que si le pasaba algo a su hija en el estado en que estaba se verían las caras. El dueño le mandó a paseo y él le contestó que en el paseo ya estaba. Mi mujer no quiso irse con el guardia y aquella misma mañana se presentó en el cuartel, situado en el edificio donde actualmente se encuentra el Museo de Manresa.

no había libertad, la dictadura estaba presente
dentro y fuera del trabajo

Como la noche anterior tuvimos aquella trifulca con el dueño, al día siguiente, cuando entré al despacho, sobre las 10 de la mañana, se entrevistó con el director, y cuando lo vi venir hacia mí ya me figuré lo que

pasaría. Ordenó que me llevaran a otra sección como castigo. Por aquel entonces yo tenía la categoría de especialista. No se podía reclamar nada, no había libertad, la dictadura estaba presente dentro y fuera del trabajo.

Como yo cumplía con mi trabajo y me sabía desenvolver bien en todos los puestos de la empresa, un día me había llamado el director y me había ofrecido un puesto de encargado; este cargo lo mantuve durante 35 años. En total me pasé trabajando 42 años en la misma empresa hasta que llegué a los 60 años. Entonces me jubilé. La cosa iba muy mal en la empresa y no tardó mucho en cerrar.

CAPÍTULO VIII

En la época de la emigración me ofrecieron un trabajo en Bélgica. Era el año 1961. Sólo puse una condición: que mi hija, que entonces tenía 10 años, tenía que estar con nosotros. Estuve de conserje en un castillo llamado Kasteel de Wapenaer, a las afueras de la ciudad de Brujas. Mi mujer era la cocinera; fue una nueva experiencia.

El castillo era de unos barones muy ricos a los cuales parece que les caímos muy bien; se portaron con nosotros como si fuéramos de la familia. Los días festivos nos llevaban a la capital, Brujas, una ciudad muy turística, con sus canales, como si fuera una segunda Venecia. Tenía grandes avenidas, castillos, molinos, museos... Ellos hablaban en francés. Tenían varios coches y nos llevaban a la ciudad todos los jueves y domingos. Nosotros comíamos en restaurantes y por la tarde nos íbamos al cine. Solo había 12 km. de distancia y por la noche nos venían a buscar. Siempre quedábamos en un lugar fijo, que era la Gran Place, donde nos recogían e íbamos de vuelta a casa.

Nuestras habitaciones estaban en un ala del castillo, separadas de las suyas. El primer domingo de estar allí nos llevaron a misa a un pueblo situado a 2 km. Una vez en la iglesia nos indicaron como teníamos que colocarnos: las mujeres a un lado y los hombres al otro. Yo no entendía "ni papa", ya que hablaban en flamenco. La gente de allí nos saludaba con una inclinación de cabeza y yo hacía lo mismo. Al ser el primer domingo de mes dio la casualidad que hacían procesión según su costumbre, y como yo no sabía dónde ir, seguí a los que se metían en un bar que había frente a la Iglesia. En Brujas, en todos los establecimientos, se hablaba los dos

idiomas oficiales, el flamenco y el francés. Con este último nos íbamos defendiendo, pues ya lo entendíamos bastante, pero en los pueblos pequeños, como en el que estaba, sólo se hablaba el flamenco y esto me produjo algunas dificultades para entenderme con la gente de allá.

Como la finca era tan grande venían invitados a la caza del faisán, la liebre y la perdiz, ya que la finca era grandísima y con mucho bosque. El Sr. Barón me pedía que le dijera al guarda que buscara gente para levantar la caza. Nosotros sólo oíamos los disparos. Luego, cuando terminaba la caza, los invitados pasaban a un gran salón donde hacían sus tertulias. A mí me daban alguna propina y cada cazador se llevaba una pieza, y las demás quedaban en el garaje. Al día siguiente venía una furgoneta para llevárselas.

Pasaban los meses, y como me dieron solo un año de excedencia en el trabajo tuvimos que regresar a España. Por primera vez subimos en un avión (Bruselas-Barcelona). Yo inicialmente había pedido cinco años pero no me los concedieron. De haberlos podido hacer si que habría ganado dinero porque además había mucha diferencia entre el franco belga y la peseta.

CAPÍTULO IX

Una vez en casa, parecía todo normalizado. Decidí sacarme el carnet de conducir y al poco tiempo compré mi primer coche, un SEAT 850. [...]

CAPÍTULO X

Una vez en casa, volvimos a la vida cotidiana. Era el año 1971. Se nos casó la niña y nosotros nos quedamos solos con la compañía de la abuela (la madre de mi mujer), que al morir el abuelo se vino a vivir con nosotros.

Fue pasando tiempo y llegaron las vacaciones de 1975, la vida en España había cambiado algo. Hicimos un viaje por parte de Europa junto con dos matrimonios amigos. El primer lugar que visitamos fue Francia y visitamos el lugar donde estuve refugiado de pequeño durante la guerra civil, la casa de colonias L'Audronnière, que actualmente sigue siendo una colonia para niños. Cuando llegamos allí bajamos del coche mientras salieron unos

señores a los que les conté que había estado refugiado allí en el año 1939. Como conocía todo aquello, les fui explicando todo lo sucedido y ellos se extrañaron pues hay padres que no encuentran el lugar cuando van a ver a sus hijos.

Una vez presentados nos recibieron muy bien y nos invitaron a un vino. Habían pasado 36 años, yo tenía ya 50, hicimos algunas fotos y salimos hacia París. [...] Seguimos nuestro viaje hacia Bélgica, directamente a Brujas y allí no nos costó mucho encontrar una pensión. Una vez situados, no quería irme sin visitar el castillo donde estuvimos trabajando entre 1961-1962. Nos recibieron los hijos, que ya eran mayores, pues habían pasado 14 años. Los padres, o sea los barones, estaban en Austria, donde tenían otras propiedades. Fuimos invitados por unos vecinos con los que nos llevábamos muy bien y nos llevaron a ver a sus padres que estaban viviendo cerca de ellos.

[...] El coche con que hicimos el viaje era un SIMCA 1200 que hacía poco que había comprado. Pasó el tiempo y entramos en la esperada democracia.

Las cosas iban cambiando y se respiraba tranquilidad y libertad, se acabaron los 40 años de sufrida dictadura.

La ciudad de Manresa se llenó de urbanizaciones por los cuatro costados

La ciudad de Manresa se llenó de urbanizaciones por los cuatro costados. Nosotros preferimos "El Calvet" ya que era una zona que conocíamos muy bien. Decidimos visitar la urbanización para que nos enseñaran unos chalecitos pequeños, para trabajadores. Tenían de bueno que las calles eran amplias y ya estaban asfaltadas. Las dos primeras calles estaban alumbradas y nos gustó una vivienda, todo plano con 300 m² para jardín y un huerto detrás. Así que decidimos comprarla. Esto fue en el año 1978. Sólo había la casa pelada, así que empezamos a trabajar y a aprender albañilería. Con la ayuda de mi hermano empezamos a hacer los muros para vallado por los cuatro costados. Eso fue durante los primeros meses de invierno y al llegar el verano ya lo teníamos vallado y con rejas en las ventanas. Agrandamos el porche con arcos tipo andaluz con la ayuda de

mi hermano. Planté árboles frutales: un cerezo que se hizo grandísimo, una parra, abetos y sobre todo muchísimos rosales de toda clase. Lo disfrutamos durante 15 años. Me entretenía mucho y todo lo hacía tan a gusto que nunca estaba cansado. Los vecinos, la mayoría de Barcelona, venían todos los fines de semana, nos llevábamos todos muy bien, como una gran familia. Yo tenía la suerte de ir cada día y lo íbamos amueblando.

En verano estábamos más allí que en la ciudad. En 1982 la abuela cumplió los 90 años y se encontraba encantada estando allí en perfecto estado celebrando su aniversario con toda su familia. Con el paso del tiempo decidimos vender la casa en 1991. Nos supo muy mal pero ya estábamos haciéndonos mayores y con algún achaque. [...]

En 1994 estuvimos en la tierra donde nací, con mi mujer, mi hija, mi yerno y mi nieta. Estuvimos en un apartamento de la urbanización de Cela, cerca de Tíjola. De allí salíamos en coche hacia las playas a pasar el día y por la noche a casa. También fuimos a visitar Las Alpujarras almerienses y la granadina ya que mi yerno tenía la ilusión de conocer la tierra de sus padres.

En una de estas salidas pasamos muy cerca de los observatorios donde investigan el universo en la Sierra de Filabres, donde gozan de un cielo muy limpio; aquello era enorme. Pasamos unas buenas vacaciones y yo estaba muy contento porque siento pasión por la tierra que me vio nacer, como también siento lo mismo por la que me vio crecer.

[...] Me hago ya mayor y las piernas se me encuentran algo cansadas. Me gustaría volver a mi tierra para despedirme y visitar la casa la cual recuerdo como si la estuviera viendo.

Los años van pasando, soy abuelo y bisabuelo pero me siento joven aunque ya no lo soy. Cumplidos ya los 80 años y con ganas de vivir unos cuantos más para poder decir: *“Rico, nunca hagas alarde ante el pobre de riquezas; ni tú pobre, al ver al rico maldigas de tu pobreza, que el rico con sus tesoros, y el pobre con sus miserias, desnudos como han nacido, han de volver a la tierra.”*